





Diez personas que arden



Ignacio del Valle
Diez personas que arden



menos**cuarto**

© Ignacio del Valle, 2024

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-23-6

Dep. legal: P-225/2024

Diseño de colección: Echeve

Fotografía de cubierta: Bomba atómica sobre Nagasaki

(Charles Levy, 1945)

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno.: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

Para Otti

«Vivimos siempre juntos y moriremos juntos
allá donde vayamos seguirán nuestros asuntos.»

Vivimos siempre juntos, NACHO CANO

El Conejo Blanco bajo el árbol de la canela

«Ahora bien, la pérdida, por cruel que sea, no puede nada contra lo poseído: lo completa, si se quiere, lo afirma: no es, en el fondo, sino una segunda adquisición —esta vez toda interior— y mucho más intensa.»

RAINER MARIA RILKE

Nos vestíamos todos de blanco. Así es como lo recuerdo. La mayoría del tiempo íbamos con los pies descalzos, salvo cuando había que ejecutar tareas duras. Había siempre que ofrecerse al universo, en este caso a la tribu, rebosar felicidad ante cualquier trabajo que te encargasen, adoptar los ritmos del grupo. Es algo difícil de admitir hoy, pero allí fui feliz. Al menos, durante un tiempo. Recuerdo las risas, las canciones en corro, todos sentados, los niños que jugueteaban aquí y allá. El líder era más joven de lo que aparentaba, pero la responsabilidad de mantener el grupo unido le echaba años encima. Además, estaban sus visiones. Cuando nos reuníamos nos hablaba del conejo blanco bajo el árbol de la canela. Vivía solo, en un planeta llamado Xi, a la sombra de un enorme árbol de la canela, elaborando un elixir de vida eterna. Contado así, nadie se explica cómo podíamos creerlo, pero entonces tenía sentido. El conejo no tenía nombre, pero cargaba con una historia triste, y,

sobre todo, con los recursos para sobreponerse y vivir allí, eternamente. Él nos ayudaría a elevarnos sobre aquel plano de la existencia, explicaba nuestro líder, mientras imitaba con una mano el ascenso de una nave y luego su caída y su lento aterrizaje. Hay gente que cree que un hombre fue crucificado y gracias a su sufrimiento se nos concedió la vida eterna: es difícil aceptar la lógica de la similitud, de la autocrítica, pero en el fondo todos somos bucles.

No éramos modélicos ciudadanos, de esos que salen todas las mañanas para mantener funcionando la economía. Nosotros estábamos siempre en marcha, en siete caravanas, siempre en movimiento, de una ciudad a otra, a lo largo de todo el país. De la costa a la montaña, a los pueblos del interior, y vuelta a empezar. Éramos unas cien personas, casi cuarenta niños, vivíamos de pequeños trabajos de alfarería, de las ayudas que proporcionaba el Gobierno, de donaciones de los mismos miembros, herencias, pequeñas transferencias de familiares. Había que desprenderse de las posesiones, de los coches, de las libretas de ahorro, de las alianzas de oro, pues todos éramos víctimas de la misma conspiración, y con la renuncia llegaba el alivio, aturdido y exhausto, de permitir que nos arrastrase definitivamente la marea. Y esa marea tenía un nombre, «Los Nuestros», y estábamos destinados a salvarnos, a viajar hasta Xi para encontrarnos con el Conejo Blanco y sentarnos bajo el árbol de la canela y vivir para siempre, en perpetua alegría. Eso era lo que me enseñaban en las clases, se daban en un furgón con la figura del conejo dibujado en ambos lados. Se dice que las enseñanzas que recibíamos habían malinterpretado la historia, pero qué significa la historia cuando

nosotros éramos el centro: la sociedad estaba plagada de personas normales, nos decía el líder, de gente paralizada, que sirven ciegamente a las empresas y son dóciles como monos de laboratorio. Los Nuestros utilizaban otra lógica para ver el mundo, luchábamos por objetivos más elevados, por mundos más allá, y nos estaba permitido utilizar al resto, romper el contrato social, los libros de oraciones, los conceptos de bien y mal, que no eran más que viejas reliquias vacías, sin poder.

Déjenme que se lo cuente bien, desde el principio. Pasé mis primeros trece años con una familia: Los Nuestros. No teníamos contacto con gente de fuera, solo con personas que habíamos conocido desde siempre. Nos educaban en la familia, y jamás íbamos al médico, salvo en casos de extrema gravedad. Con los años, he tenido tiempo para pensar, para entender la diferencia entre una comuna y una secta, pero lo que no entienden los que nunca han estado en mi lugar es que una secta nunca se ve como una secta, no existe un término, no hay una etiqueta, vives en el interior de algo que no se ve como peligroso o extremista (cualquier consideración de este tipo es estrecha, pretenciosa). Es como un pez al que se le pregunte cómo es la vida fuera del agua: ni siquiera comprenderá el concepto. Con el tiempo, también he podido reflexionar sobre algunas de las verdades irrefutables, pero eso lo contaré más adelante. Lo cierto es que la vida diaria era eso, diaria: ni exótica ni escandalosa ni especialmente fascinante. No había ácidos y orgías todos los días (en cualquier caso, yo era demasiado pequeña, y los ácidos eran herramientas de exploración espiritual), no existía un líder que mandase asesinar familias. Solo el

día a día, banal, rutinario, la inercia de un grupo de gente que tenía que lavar la ropa y los platos, y que, desde luego, no estaba planeando todos los días su viaje a Xi. Al despertar, encontrábamos la incisiva luz de la mañana, y, con ella, necesidades, riesgos, obligaciones. Se pescaba (cuando se podía), se buscaban setas en los bosques, criábamos gallinas, e incluso cabras, había un montón de perros y gatos rondando por todos lados. Se trabajaba duro, aunque también se cantaba en grupo todos los días, y los adolescentes les leían cuentos a los más pequeños, mientras caíamos rendidos, tres o cuatro por cama. Mi madre se había unido a Los Nuestros a los veinte años, ya embarazada de mí, y normalmente los hijos y los padres eran separados a edad muy temprana, para ser cuidados por todos. La doctrina era que nadie era dueño de nadie, aunque lo hubiese parido: el amor podía llegar de cualquier lado. Yo veía poco a mi madre, raramente estábamos en la misma caravana, y, si he de ser sincera, nunca la conocí bien, pero era guapa, y tenía esa atracción soterrada que provoca la gente hermosa. Y ella, a su vez, había sido arrastrada por el campo magnético de nuestro líder, Daniel. No era especialmente atractivo, se recogía el pelo con una goma, ceceaba un poco, y se veía que sus músculos habían sido adquiridos artificialmente, que algún día desaparecerían, polvo al polvo. Pero, cuando hablaba, los rostros que lo rodeaban reflejaban el embeleso por el presentimiento de otra vida, por las verdades irrefutables. Si a eso se le puede llamar «carisma», Daniel lo tenía, aunque sus cadenas lógicas tendiesen a deshilacharse, quizás debido a una incapacidad innata para la teoría. En todo caso, era un profeta (ahora lo sé) que no creía en sus

palabras, porque los más grandes no creían en mover montañas con la fe, en iluminar las conciencias, sino que eran elegidos de sí mismos, siempre contando el mismo cuento, cada día un poco mejor, de pueblo en pueblo, año tras año, hasta que cada palabra era asimilada por la tierra y el aire y las mentes y terminaba convirtiéndose en parte inseparable de ellas y de la historia. Sí, palabras, las mismas palabras, dichas una y otra vez, todas las que fuesen necesarias, hasta que al final ellos mismos las creían y acababan sumergiéndose en ellas (amén, aleluya, hosanna) y creyendo todo lo que ya habían conseguido que los demás creyeran (y así es como comienzan las religiones, dirá alguno). Recuerdo que una tarde nos detuvimos en una zona desolada pero muy hermosa. Daniel estuvo hablando, enseñando que, si estabas atento, podías escuchar el murmullo de la sangre, la música de distantes galaxias que giraban en espiral, en la que ciertas estrellas se detenían por su propio peso y caían *hacia dentro*, haciendo de su luz, oscuridad. Y en medio, el planeta Xi, con un gran conejo blanco sentado bajo un árbol de la canela, elaborando su elixir y aguardando nuestra llegada. Dormimos en ese desierto, y yo tuve que aguantar a uno de los críos más pequeños desplomado sobre mi hombro (las chicas no tardábamos en realizar tareas de crianzas), toda la noche, y por la mañana me desperté irritada, con los ojos pegajosos, muerta de sed. Salí de la caravana cuando las primeras franjas malva y naranja empezaban a extenderse en el cielo. El aire era frío y estaba inmóvil. Era como el primer día del mundo, igual a como nos lo habían contado. Y todo lo que narraba Daniel me pareció extrañamente real.

Así pasaron los años. Saludándonos unos a otros, sintonizados siempre en frecuencias invisibles, todos girando en torno a Daniel, a sus movimientos, a sus cambios de ánimo, como un patrón climático. Y si había cosas que no acababan de cuadrar en tu cabeza, siempre se encontraba la manera de darles sentido, atentos a cualquier clave en su mirada, en su comportamiento. Se parece un poco a esa obstinación con la que borramos todo lo tosco y decepcionante de una persona a la que deseamos amar, hacerlo posible, aun a costa de nuestra dignidad. Eso son cosas que aprendí después, mucho después. Y, como ya he dicho, también fui feliz. Hasta que mi madre nos abandonó.

Mi madre desapareció una noche, un par de semanas después de que yo cumplierse los catorce. Ella tendría alrededor de treinta y cuatro. Regresó a casa de sus padres, en un pequeño pueblo del norte. Para mí no significó demasiado, apenas teníamos relación. Sin embargo, al cabo de dos semanas, hubo consecuencias inesperadas. Durante la cena me hallaba en medio de un caótico juego de chiquillos y adolescentes, que reían y gritaban, apenas controlados por unas pocas mujeres. Una de ellas se me acercó y me avisó de que Daniel quería verme en el círculo de fuego. La diversión terminó de improviso, las caras serias, la preocupación: todo el mundo sabía, incluso los más pequeños lo intuían, que, si Daniel te llamaba al círculo de fuego, se trataba de algo serio. Yo estaba segura de que no había hecho nada malo, aunque nunca se podía estar seguro; recuerdo una vez que recibí un castigo solo por mirar mal a un mayor con la explicación de que estaba rompiendo su armonía espiritual. Abandoné la cena y me dirigí hacia las